

Antonio Muñoz Molina

Ventanas de Manhattan



Antonio Muñoz Molina
Ventanas de Manhattan

1

La ventana daba a un patio interior grande, oscuro, con ventiladores y máquinas que rugían, con muros de ladrillo negros de hollín, con otras ventanas que pertenecían a habitaciones idénticas, con los cristales ligeramente opacos de mugre, algunas de ellas iluminadas cuando caía la noche, mostrando la presencia fugaz y lejana de alguien, el interior de una habitación exactamente igual a la mía. Había muchos pisos por encima, y no se vislumbraba el cielo. En el silencio se escuchaban a veces pasos y voces en los corredores del hotel, voces en inglés de las películas o los anuncios de la televisión en las habitaciones contiguas. Pero nunca había silencio en realidad, sino un rumor continuo y poderoso que no se amortiguaba, que resaltaba más de noche, cuando me despertaba con un sobresalto por culpa del cambio de hora y me decía incrédulamente a mí mismo que estaba en Nueva York, en un hotel del corazón de Manhattan. Es un rugido, una trepidación, un estrépito sordo hecho de la mezcla de muchos ruidos de motores, del temblor del tráfico sobre el asfalto ondulado, del rumor subterráneo de los trenes del metro. El aire pasando por los

tubos de ventilación, el agua hirviendo a presión por las conducciones bajo tierra, el temblor de máquinas herrumbrosas que no se detienen nunca, el fragor insomne de los mecanismos que alimentan la isla de Manhattan, la vibración de los cables y las vigas de acero en las armazones de los puentes, el zumbido de las líneas de alta tensión, el tableteo de los helicópteros, y sobre ese gran rumor oceánico las sirenas de las ambulancias tala-drando la lejanía, desde la intemperie de las calles oscuras, las sirenas de los coches de policía y las más graves, las más sonoras, las sirenas de los camiones gigantes de bomberos, rojos, cuadrados, masivos, estremeciendo el aire como sirenas de grandes buques en la niebla, como sonarían las de los transatlánticos que atracaban en los muelles del Hudson. Me despertaba, extraviado en el tiempo, y al principio no escuchaba nada, y poco a poco iban llegando a mí todos los ruidos que habían estado sonando en el interior de mi sueño, los cercanos de las maquinarias sin descanso del patio al que daba la ventana y los lejanos de las sirenas. En la oscuridad, irregularmente distribuidos a diversas alturas, brillaban los rectángulos iluminados de las ventanas de otros huéspedes que tampoco dormían. Yo no encendía la lámpara de la mesa de noche, pero había otra luz en mi habitación, roja, atenuada, intermitente, encendiéndose y apagándose en uno de los botones innumerables del teléfono, y yo no sabía lo que significaba esa luz ni encontraba el modo de apagarla, y menos aún de acostumbrarme a ella. Cerraba los ojos y en mi duermevela veía deslizarse las altas torres ciclópeas en el desfiladero de ladrillo oscuro de la avenida Lexington, la primera que había pisado al llegar a Manhattan, tan sólo unas horas antes. Veía por la ventanilla de un taxi espacios cóncavos de

sombra, letreros rojos y azules, escaparates iluminados de tiendas vacías tras una niebla de llovizna. Sin saber en qué parte de la ciudad estaba me había abandonado a la velocidad del taxi, recostado en su asiento hondo y tan bajo, y de pronto había descubierto, a mi derecha, por encima de un descampado entre dos edificios, la silueta familiar del Empire State, su pináculo perdido entre las nubes, iluminándolas desde dentro de rosa y de azul. Ahíto de sueño, de cansancio, de excitación y felicidad, le había pedido al taxista que me dejara unas esquinas antes de llegar a mi hotel, y me encontré solo, aterido, al pie de los rascacielos monótonos de acero y cristal de la Sexta Avenida, frente al letrero encendido del Radio City Music Hall, sus neones rosas, azules y rojos brillando para nadie más que para mí, tiñendo de manchas de color el lomo negro y húmedo del asfalto. La soledad me exaltaba y me daba miedo. Me habían dicho que caminar solo y de noche por Nueva York podía ser muy peligroso. Alzaba la mirada y me estremecía el vértigo de la distancia vertical de las torres del Rockefeller Center, adelgazándose hacia la altura y las nubes veloces como agujas de catedrales góticas. En el insomnio de mi habitación veía luego el resplandor de esos edificios y sobre el rumor de las máquinas del patio volvía a escuchar con un recuerdo sensorial y poderoso el seco estrépito de las banderas del mundo agitadas por el viento en torno a la plaza central del Rockefeller Center, su resonancia contra los muros verticales, grandes velas de lona restallando en el temporal, el tintineo metálico de las anillas en los mástiles. Demasiado cansancio, demasiadas imágenes para poder dormir, para que se apaciguara la conciencia ya de antemano trastornada por el cambio de hora. Y además la luz en el botón del

teléfono repetía su punzada rojiza en el insomnio, teñía de un rojo amarillento la penumbra de la habitación antes de apagarse y de encenderse de nuevo, como una luz de alarma en un coche policial. Me armé de valor y marqué el número de la recepción, queriendo vencer la timidez para encontrar laboriosamente las palabras inglesas que explicaran lo que estaba sucediendo, pero si me hice entender, cosa que dudo, en cualquier caso no comprendí lo que me decían, la explicación que me daban para la luz intermitente y roja. Me pareció aturdidamente que distinguía la palabra *message*, pero cómo estar seguro con mi inglés precario y libresco que casi nunca había practicado de verdad, y que me parecía más inadecuado aún cuando escuchaba el habla tan rápida de la gente en la calle, tan rápida y desenvuelta, tan agresiva como su manera de caminar, como la premura con que los camareros de los restaurantes servían vasos de agua helada e interrogaban al comensal acobardado, o le recitaban el torrente de los platos no incluidos en la carta, la lista incomprensible de los *Today's Specials*. Así que dije *yes* y *thanks* con el abatimiento del recién llegado a un país y a un idioma, colgué el teléfono y por un momento pareció que la luz se había apagado, pero un instante después ya estaba de nuevo encendida, brillando y apagándose, en mi primera noche de insomnio, en mi primera habitación de hotel en Nueva York. Seguía brillando y apagándose cuando me despertó el ruido de las maquinarias y los ventiladores del patio y había una luz sucia de amanecer nublado en la ventana. Y cuando al final de ese día, la segunda noche, volví agotado y feliz a la habitación allí estaba esperándome el botón intermitente y luminoso en la oscuridad, como una cucaracha que advierte nuestra llegada y mueve con

inquietud las antenas en el suelo del cuarto de baño, una de esas cucarachas grandes y rubias de Nueva York sobre las que uno ha leído cosas en los libros. Volví a llamar a la recepción, a marcar el número con mi apocamiento español, agobiado por la distancia desoladora entre lo que uno piensa que sabe de un idioma y lo que su lengua torpe acierta a articular. Hay una luz roja en mi teléfono, dije, una luz roja que se enciende y se apaga y no se detiene nunca, y esta vez sí entendí lo que la voz fatigada y quizás desdeñosa me decía, esa luz roja se enciende y se apaga para avisarle de que tiene usted un mensaje.

2

Me perdía entonces por la ciudad tan completamente como no he vuelto después a perderme, ni en ella ni en ninguna otra, sin distinguir los puntos cardinales y sin la menor idea de lo que podía encontrarme al doblar una esquina, con esa ebriedad hecha a medias de asombro desmedido y cansancio, del impacto causado por la escala de las distancias, las alturas, los puentes, las multitudes, los ríos. Echaba a andar con las manos en los bolsillos y me dejaba llevar en una línea quebrada de itinerarios azarosos, rápidamente extraviado en la cuadrícula abstracta de la ciudad, mareado por la monotonía de las distancias entre una calle y otra, por la gradación ascendente o descendente de números que no sabía hacia dónde me estaban conduciendo. Avanzaba o me detenía obedeciendo las órdenes secas y alternas de los se-

máforos, hipnotizado por su repetición, WALK, DON'T WALK, WALK, DON'T WALK, tanto como por el ritmo de metrónomo que acababan adoptando los pasos para adaptarse a ellas. Me perdía bajo las bóvedas altísimas y por los vestíbulos de mármoles resonantes de Grand Central Station, arrastrado como una hoja en un río por las corrientes y torbellinos de multitudes que venían en la hora punta de todas direcciones, ocupando pasillos y derramándose escaleras abajo hacia los andenes con el tumultuoso poderío de una inundación. En Grand Central Station la impresión del espacio es tan poderosa, tan estimulante, como en las ruinas de la basílica de Majencio o en el interior del Panteón: un espacio desmedido y sin embargo armónico, que no aplasta con la escala de sus dimensiones, sino que da más bien una cierta sensación de ingravidez que la mirada vuelta hacia arriba contagia al cuerpo entero, un impulso de elevación gozosa, como cuando se escucha una cantata de Bach. Salí empujado por la angustiada multitud a través de unas puertas de anchos batientes metálicos y me encontré en la calle, a la sombra de un gran puente de hierro, y caminé hacia la claridad abierta del cielo del oeste por las aceras de la calle 42, dejando atrás los leones y los mármoles de la biblioteca pública, los árboles de Bryant Park, las encrucijadas comerciales de la Sexta Avenida, de Broadway, de la Séptima. Andaba tan distraído, pasando de una acera a otra para observar las perspectivas cambiantes de los edificios, que no me di mucha cuenta del cambio inquietante que estaba sucediendo a mi alrededor hasta que no estuve en el cruce de la Octava o de la Novena Avenida, en una extensión abierta y desolada de deterioro urbano poblada por prostitutas de piernas flacas, labios muy rojos y ojeras moradas, por

clientes viejos tan desahuciados como ellas y chulos con gafas de cristales de espejo que montaban guardia apoyados en los coches y en las barandillas de las estaciones del metro. El horizonte era más ancho ahora, las aceras más sucias, el olor de las alcantarillas más intenso, y aún en pleno día parpadeaban los letreros de los cines pornográficos, de los sex shops y de los locales de striptease, de los que salían olores groseros a cerrado y a desinfectante, ritmos de música funky y jadeos amplificadas de mujeres. Pero todo tenía un aire menos de tentación que de ruina, y los objetos eróticos y las revistas en los escaparates, las fotos de las estrellas porno en las marquesinas, las cortinas rojas de acceso a los clubes de striptease, parecían contaminados por la misma roña y sometidos a la misma devastación que las caras de las mujeres en las esquinas y las fachadas y portales gangrenosos de los edificios, muchos de ellos con las ventanas tapiadas, con neones de hoteles a los que siempre les faltaba alguna letra, igual que faltaba algún diente en las muecas ruinosas de las prostitutas.

3

Estudiaba en un plano las líneas rojas y azules de los trayectos de los autobuses y del metro pero no entendía gran cosa en aquella maraña geométrica, y como me daba miedo preguntar y no estaba muy seguro de entender lo que me dijeran seguía caminando sin atreverme a subir a un autobús y menos aún a internarme en los túneles del metro, que en aquellos años conservaba

aún su leyenda siniestra, su mitología de crímenes, de ratas enormes y de trenes asaltados por vándalos y cubiertos abigarradamente de pintadas. Alguien me había contado que las escalinatas de salida de algunas estaciones estaban cegadas por escombros y vertederos de basura, y que había lunáticos especializados en acercarse por detrás a los viajeros en los andenes y empujarlos hacia las vías justo en el momento en que llegaba un tren. Era entonces cuando se publicaban crónicas fantasiosas en los periódicos españoles sobre los caimanes ciegos que se multiplicaban en las alcantarillas de Manhattan y sobre mendigos espectrales y albinos que vivían en los túneles de las estaciones abandonadas. Cómo distinguir la verdad de la mentira en una ciudad donde las dos parecen igual de inverosímiles. El aire caliente del metro subía de los respiraderos como el aliento húmedo de un Minotauro que tuviera su laberinto en las concavidades subterráneas de la ciudad, cuya hondura a veces se entreveía al mirar hacia abajo cuando se pisaba una rejilla en la acera. Exhausto de tanto caminar, de ver tantas cosas y cruzarme con tantas caras de desconocidos, vi detenerse junto a mí a un autobús que bajaba por la Quinta Avenida y subí a él en cuanto se abrieron las puertas, aunque no estaba seguro de si me acercaría al puente de Brooklyn, a donde yo había planeado insensatamente llegar caminando. Mi cosmopolitismo novelero de transeúnte solo en Nueva York se trasmutó velozmente en aprieto de palurdo cuando intenté pagar el trayecto con un billete y el conductor, un negro grande con cara de fastidio, con gestos malhumorados de impaciencia, me dijo algo que yo no llegaba a entender, porque el sobresalto de vergüenza me cerraba todavía más los oídos ineptos. La puerta seguía abierta, el autobús temblaba

con el motor en marcha, y yo permanecía alelado delante del conductor, con mi dinero inútil en la mano. Varias filas de pasajeros me miraban con curiosidad despectiva, imaginaba yo, con esa fatigada indiferencia que tiene la gente al final de la tarde en los transportes públicos. A pesar de mi aturdimiento alcanzaba a comprender, más por sus gestos que por sus palabras, que el conductor me urgía a bajar del autobús, que no podía perder más tiempo conmigo. Entonces un pasajero que iba en uno de los primeros asientos se puso en pie, con un ademán rápido y brusco sacó de su cartera una tarjeta de transporte y la introdujo en la ranura superior de la máquina que había junto al conductor malhumorado, el cual cerró de golpe las puertas del autobús y me indicó que pasara, arrancando tan fuerte que pude haber añadido al espectáculo de mi torpeza el colofón de caer de bruces entre las filas de asientos. Pero nadie me miraba, ni siquiera el alma generosa que me acababa de rescatar del ridículo. Yo no estaba familiarizado todavía con la manera que tiene la gente de Nueva York de fingir que no mira y de eludir la mirada ni con los sistemas de pago en el transporte público. Con mucha frecuencia el extranjero es alguien que se ve consumido por la tarea desconcertante y minuciosa de aprender casi cada uno de los mecanismos rutinarios de la vida, como en aquel cuento de Julio Cortázar en el que se detallan extenuadoramente las instrucciones para subir una simple escalera. Para los demás viajeros el trayecto del autobús era tan cotidiano que ni reparaban en él, y sólo salían de su ensimismamiento o de la lectura del periódico cuando un automatismo interior les avisaba de la proximidad de la parada en la que tenían que bajarse. Para mí era una aventura que no carecía de su parte gradual de zozobra.

Iba con la cara pegada a la ventanilla, Quinta Avenida abajo, consultaba el mapa de pliegues excesivos como para manejarlo sin un desconcierto suplementario y procuraba fijarme en los números descendentes de las calles, pero bastó que el autobús torciera un par de veces para que yo dejara de saber por dónde íbamos, o si me acercaba o me estaba alejando de mi destino final en el puente de Brooklyn. Rápidamente la ciudad se iba volviendo otra, más desordenada en su topografía, más sucia, más oscura, sin escaparates lujosos ni mucha gente en las aceras, con edificios abandonados y solares de escombros, con las tiendas de las esquinas alumbradas pobremente en el anochecer, con escaparates mugrientos y atestados de cosas baratas, muchas veces con largas rajaduras en los vidrios, remendadas de cualquier manera con cinta adhesiva. En Nueva York el tránsito de la belleza a la desolación sucede siempre expeditivamente, como si el principio universal de máxima eficiencia hubiera aconsejado la supresión de gradaciones intermedias. Grupos de hombres jóvenes rondaban por las esquinas, mirando de soslayo a los coches o a los pocos transeúntes que pasaban, los coches con ventanillas bajadas de las que salían músicas africanas o latinas violentamente amplificadas, los transeúntes pálidos y solos, con un andar cansino de yonquis, aunque en esa época y por aquellos barrios las ampollas de crack eran más abundantes en las aceras y en los portales que las jeringuillas. Qué haría yo si el autobús tenía su última parada en una de aquellas esquinas de grupos sombríos y neones enfermos, si no me quedaba más remedio que echarme a caminar sin la menor idea de hacia dónde tenía que dirigirme y sin ningún taxi en las inmediaciones, con todo mi aire de turista extraviado e incauto, dócil al

atraco, con mi mapa mal doblado en la mano y mi cartera en el bolsillo, y en ella la tarjeta de crédito y unos cuantos billetes de cien dólares, no muchos, pero sí flamantes, que por supuesto yo no había tenido la precaución de dejar en la caja fuerte del hotel. El autobús se paraba y yo contenía la respiración, pero se ponía otra vez en marcha, cada vez más vacío, ya de noche, una noche lóbrega y desapacible, con el viento soplando desde el East River, que debía de estar muy cerca, arrastrando jirones de periódicos y recipientes vacíos de comida barata por las aceras sucias, esa hojarasca de basura que no parece que se barra nunca del todo en los barrios pobres de Nueva York. Por fin desembocamos en una calle transversal mucho más ancha y mejor iluminada, y ahora sí que el autobús había llegado al final del trayecto. Al bajarme no me atreví a preguntarle al conductor si estábamos muy lejos del puente de Brooklyn. Exhausto de días de caminatas y noches de insomnio en la habitación donde no cesaba el ruido ni se apagaba la luz roja del teléfono, hambriento y alucinado como un eremita de tanta soledad, seguí andando en línea recta hacia donde yo calculaba que estaría el sur, y me encontré de pronto sorteando cuerpos caídos o despatarrados de borrachos, borrachos sentados en los escalones o durmiendo la borrachera sobre colchones viejos o bolsas de basura, borrachos de pelo aplastado y ojos enrojecidos que miraban hacia la calle tras las cristaleras de las hamburgueserías, que rebuscaban por las papeleras o entre el desorden de muebles desahuciados y frigoríficos y hornos y marmitas y sartenes enormes y letrereros de restaurantes que debieron de quebrar hacía muchos años, y cuyos despojos se venden en las chamarilerías ingentes de la calle Bowery, puerta con puerta con los hoteles in-

mundos que en aquella época todavía abundaban, y que eran el último refugio y la sepultura en vida, el sumidero donde acababan los borrachos más tirados de la ciudad. Pero en Manhattan una caminata en línea recta siempre es un corte geológico que atraviesa mundos sucesivos, provocándole al transeúnte no habituado al asombro de tan caprichosa variedad como un mareo de rotaciones planetarias, un vértigo de niño en el tiovivo que ve moverse con demasiada rapidez las caras y luces de la feria: y apenas había atravesado la región turbia de la Bowery donde, con palabras de Lorca precisamente escritas en Nueva York, *meriendan muerte los borrachos*, la acera por la que bajaba se fue poblando de menudas caras orientales y letreros en chino, primero signos aislados, garabatos de neón o de pintura negra sobre el ladrillo sucio de las paredes medianeras, y luego altas banderolas agitadas por el viento, carteles grandes de cines que anunciaban películas chinas con actores retratados en posturas batalladoras o románticas, quioscos diminutos donde se vendían periódicos con apretadas columnas y titulares en caracteres de un tamaño alarmante, como si anunciaran mortandades y naufragios en los mares de China, tiendas de discos con pósters en los escaparates de ídolos chinos de la canción ligera, joyerías chinas, bazares chinos de juguetes en los que se vendían serpientes articuladas, dragones voladores, tiburones y tortugas de plástico que se agitaban como peces dentro de cubos llenos de agua. Atravesando el mundo en la distancia de unos pasos yo había llegado por primera vez y sin previo aviso, como un desnortado Marco Polo, al gran hervidero chino de Canal Street.